

LOS HOMBRES DE LA REPUBLICA

Texto del magnífico discurso pronunciado el domingo por el excelentísimo señor Presidente del Consejo de Ministros

A las diez de la noche del domingo último, el presidente del Consejo de Ministros, don José Giral, dirigió la siguiente alocución al pueblo de Valencia:

«Valencianos!
Hubiera querido el Gobierno, y de un modo particular yo, que tengo el honor de presidirlo, daros las gracias personalmente por el esfuerzo que una vez más habéis hecho en favor de las libertades del país y de la República, que las representa al propio tiempo que otros altos ideales nacionales. Pero exigencias de la hora, trabajos del momento que vivimos me lo impiden.

No obstante esto, quiero aprovechar un claro en este tumultuoso tránsito para adelantaros algo de esos sentimientos y decir unas pocas palabras más.

La gratitud nace en nuestro pecho, en el de todos los que aman y defienden la República, porque habéis sabido con vuestro ejemplo, con vuestra conducta, con vuestra gloriosa historia republicana, ayudar a los soldados republicanos de la guarnición de Valencia a salvar la sima a que querían llevarles otros soldados que traicionaron la bandera que se puso en sus manos y a mancillar una palabra de honor que empeñaron. Cuando la traición abatió en muchas ciudades de España, momentáneamente, es cierto, pero no sin causar estragos, la fuerza del Gobierno legítimo de la República; cuando de tantas partes en las desventuradas jornadas del 18 y 19 de julio traía el telégrafo tanta noticia de traición y de deshonra, de Valencia nos llegaban noticias confortadoras de aliento; la viva democracia valenciana, despierta y alerta, vigilaba entre los pueblos y las acequias de las hermosas vegas. Era, lo repito, un consuelo; era y es, sobre todo, un ejemplo.

Hace años que conquistasteis el derecho a ser el primer pueblo republicano de España; fuisteis en las horas peores para la Libertad una risueña esperanza para los que por ella luchaban en todo el país, un seguro refugio para el espíritu de protesta. Ahora habéis aumentado, si cabe, vuestra gloria, mereciendo bien de todos los republicanos españoles.

Así lo ha comprendido Madrid ayer al recibir vuestras tropas. Desde la estación de Atocha, en donde les esperaban casi todo el Gobierno y una numerosa multitud hasta la Puerta del Sol, corazón de Madrid, una ovación ininterrumpida anunciaba su paso y un verdadero bosque de banderas les saludaba, anunciando con sus encendidos colores los días de gloria que aguardan entre los riscos y los pinos sonoros de la Sierra.

No olvidará jamás la República vuestra conducta; no olvidará Madrid que vuestros soldados se confunden con los suyos para, juntos con eficiente solidaridad fraternal, conquistar en los puertos de la Sierra y en las ciudades del Duero, una vez más, y ésta de un modo definitivo, la República, régimen auténtico de los españoles, expresión cabal de ideales nacionales.

Por lo demás, queridos amigos de Valencia, pocas palabras debo añadir a las que acabo de decir. Es el momento de la acción, el momento dra-

mático y alto de hacer, de crear, de hacer historia y no de leerla, de acometer grandes empresas.

Grande y difícil es ésta en la que estamos empeñados: acabar en España con el feroz espíritu que encendía las hogueras para quemar libros y hombres; que ponía barreras al pensamiento universal; que rondaba las fronteras de la patria como una aura vivificadora; el espíritu fernandino que trajo a España, en nombre del patriotismo, los cien mil hijos de San Luis al mando de Angulema; el espíritu, en fin, que encendió a España por los cuatro costados con las guerras civiles, devastando los bosques, asolando las campiñas, incendiando ciudades históricas.

Difícil y grande es el empeño, pero venceremos. Venceremos de la traición; venceremos de las injurias, blasfemias contra la verdad de las radios clandestinas. Venceremos a pesar de todo. Los generales que han traicionado a España sublevándose en África; los generales que han deshonrado su uniforme, prepararon, en largos meses de obscura conspiración, el acometer por la espalda la República; que robaron pertrechos, fusiles, cañones. Pero el Gobierno, con la robusta ayuda del pueblo, tiene ya un Ejército en pie, un verdadero Ejército para defender la República, bien dirigido, que triunfa en todas partes; que conquista rápidamente ciudades y territorios con una Aviación que son las alas victoriosas de la República en todas partes.

No sintáis, pues, inquietud, valientes valencianos, por la suerte de la República; es más inmovible que nunca.

De un momento a otro caerán en nuestro poder los últimos reductos de la resistencia andaluza, que lanza angustiosas voces de socorro a África, de donde no le pueden llegar, gracias a nuestros heroicos marinos, y a las ciudades del Duero y del Ebro, que tampoco lo pueden dar, porque ellas mismas piden socorro, viendo en el horizonte las espadas triunfantes de la República.

No sintáis inquietud, vuelvo a decir, por la suerte de la República. Triunfamos y triunfaremos. Tenemos de nuestra parte lo que vale más, la razón; está en nuestro campo la verdad. Tenemos, además, la fuerza representada por el pueblo, que en todas partes da muestras del mayor entusiasmo. Sólo quiero ahora hacer os un ruego: los que no tengáis que cumplir necesidades militares, restituirlos al trabajo; en los andamios, en los campos, en las fábricas, prestad también un gran servicio a la República.

Aquí detrás de las vanguardias de la Sierra, están los labradores en sus campos. Eso mismo esperamos de vosotros.

Por último, quiero desde aquí al propio tiempo que os adelanto, como os decía, el testimonio de mi gratitud, expresar también la que siento por los servicios prestados juntamente con vosotros por la Junta delegada del Gobierno.

Valencianos! Recibid desde aquí, desde el corazón de España, esta designa:

ADELANTE.
ADELANTE.
¡VIVA LA REPUBLICA!

SEÑA MORTAL

I
Hermanita mía
la estuve creyendo.

Allí, a la verita
de sus ojos negros,
esos ojazos como panderetas
llenas de luceros,
partiendo sus risas cuando no sus lágrimas,

pasaba mi tiempo.
Hermanita mía,
así, jugándillo sin malicia alguna,
¡qué ratitos buenos!
Sin temblar los pulsos,
agua en cestillo, pasaban sus ondas
por entre mis dedos.
Cada primavera
nuevas rosas traía a su cuerpo;
yo no las veía
estándolas viendo.
¡Cómo sin fatigas
a su verita quedaba mi pecho!...
¡cómo las tragaban
aquellos barrancos de sus ojos negros!...

II
Me la ví esta tarde; al mercao que iba.
Pegamos la hebra por unos momentos.
Llevaba una bata de lunares verdes
y una rosa muy grana en el pelo.

Callecita arriba,
se llegaba Josito el Ollero.
¡Eche usté fanfarria!...
¡Así que tenía que venir por medio!
¡Bien terciado el ancho de color ceniza
y rebien cruzado su pañuelo al cuello!
Con el garabato de un rizo en la frente,
y una *madrileña*, parecía que a estreno;
pantalón oscuro, de esos de campana
(que con un junquillo los va sacudiendo);
su rica pañosa de vueltas azules
(en un puro columpió sus vuelos);
con su gran cigarro, de esos de sortija;
sus botas de caña, talmente que espejando,
y un par de *tumbagas* en la mano izquierda,
que había que mirarlas con cristales.

¡Cualquier cosa que era Josito!...
¡El mejor *cantaor* del *Burrero*! (1)

Así de pasada dió los buenos días,
y su caminito siguió tan derecho;
con su pañosa de vueltas azules
en un puro columpio los vuelos.

Era yo el que hablaba;
fuí a seguir mi cuento.
¡Los ojos de ella seguían mirando
callecita abajo, callecita en medio!
¡Y era un mirar hondo;
sin un parpadeo!
¡Y hasta que una esquina
se puso por medio!

Y entonces su cara se volvió a la mía.
— «¿Qué estabas diciendo?»

¡Mare de mi sangre!
¡Cómo sentía yo que una soguilla
me apretaba el cuello!

Y entonces, entonces...
¡ay, qué bonita que la estaba viendo!
¡Con aquella bata de lunares verdes
y la rosa aquella tan grana en el pelo!

III
¡La quiero!! ¡la quiero!!
¡Cómo no miente nunca en estos casos
la voz de los celos!

¡Y en esta noche que no acaba nunca,
qué bien que la siento!

¡La quiero!! ¡la quiero!!
¡A cada parte que llevo los ojos,
los suyos me encuentro;

a su persona, por toas las vereas,
va mi pensamiento!
¡La quiero!! ¡la quiero!!
Cada boquita por la que respiro
me lo está pidiendo;

cada gotita de mi sangre tiene
su retrato preso.

¡La quiero!! ¡la quiero!!
Desde aquella seña,

Bien por nuestras autoridades, bien por nuestras milicias, bien por nuestro pueblo. Valdepeñas sigue dando, en la tenebrosa hora presente, la nota más alta de cordura, de sensatez, de comprensión. La vida de nuestra ciudad se desliza lo más normal que se puede apetecer en este momento; todo el mundo cubre su puesto de trabajo, que así se sirve a la patria como con las armas. Las autoridades están prontas a cortar cualquier estridencia que pueda perturbar la tranquilidad pública. Las milicias valdepeñeras, con sentido de su cometido histórico de la hora, cuidan el mantenimiento del orden más absoluto, dentro y fuera, rechazando con indignación sugerencias extrañas y prestando buen contingente a la columna de la provincia que marchó al frente. Quiera Dios no se altere hasta el final esta mutua comprensión ciudadana y Valdepeñas pueda ser señalado como modelo de pueblos cultos, que no se manchó con su propia sangre y respetó sus altares.

La sedición en el plano internacional

Los rebeldes no pueden apuntarse triunfo alguno. Nien el campo militar, ni en el diplomático, donde inútilmente han pretendido hacer algunos pínos, la fortuna ha acompañado a su obra.

Por esta vez al menos la realidad de los hechos no ha confirmado el viejo refrán de que la fortuna acompaña a los audaces; no, la fortuna, al fin mujer, prodiga sus sonrisas a la juventud en ideas y en vida, no a la decrepitud de una doctrina que se cae de puro vieja.

Lanzando a los vientos las noticias de la formación de un Gobierno regular, creían que a Europa entera le faltaría tiempo para reconocer la legitimidad de su origen, y enviarles plenipotenciarios que les dieran aire de cosa seria por el mundo... ¡Vano error! Los Gobiernos de todo el mundo aguardan intrigados el final de esta sublevación, mirando curiosos el sorprendente fenómeno de que exista un país donde todavía se den cuarte-ladas.

No, ni reconocimiento ni intervención. No existen detrás del Pirineo otros cien mil hijos de San Luis, dispuestos por las intrigas de un nuevo Chateaubriand a cubrir de laureles la vacía cabeza de otro duque de Angulema, ni los Gobiernos europeos, que aún después del hecho consumado, no se han atrevido a reconocer la anexión de Etiopía a Italia, parecen dispuestos a darle gusto a ese bufo gobierno, remedo de la Regencia de La Seo de Urgel, donde un obispo lanza arengas por la radio.

qué bien que la veo.
¡Ay, mare mial, cómo fué posible
el vivir tan ciego?

Y en esta cama, cama de puñales,
¡cómo me revuelco!

¡Y enclavijando en la almohada los
(dientes

y llorando fuego,
en esta noche que no acaba nunca,
prensao por sus sombras y por su silencio;

aquí, tan solito, y así tan callando...
cómo se la pido a Undebé del cielo!...

IV
Hermanita mía
la estuve creyendo;
¡no hay más hermanos que los que la
(sangre

hermanos ha hecho!

Eloy MUÑOZ MARTI
(1) En modo alguno se tome esa cita como histórica, y sí como mero detalle decorativo.

Los obispos metidos a guerrilleros no son ya ni artículo de exportación, exponente de nuestra singularidad racial, para el extranjero. Despiertan allende las fronteras menos interés que un toreador, una juerga flamenca, o una mantilla de blonda. Han perdido hasta su valor folklórico de atracción turística internacional.

Tienen demasiadas cosas, y demasiado graves los Gobiernos europeos en que parar su atención, para entretenerse con las botaratas de los gloriosos milites españoles... ¿Acaso podían esperar otra cosa?...

Aun dentro del campo del fascismo triunfante en algunos países de Europa, ninguna de las llamadas revoluciones fascistas, tiene un punto de contacto con la sedición española que padecemos. Han sido todas ellas fruto de una ofuscación, de un engaño del Pueblo, que ha buscado remedio a su malestar por vías distintas a las democráticas. Así el fascismo italiano, así el fascismo alemán. Pueblos enloquecidos por el hambre, por la angustiosa crisis de la Guerra Europea, han buscado una salida a sus desgracias por la desgracia, aún mayor, del fascismo. Son pueblos engañados, seducidos, enloquecidos... pero pueblo al fin! Hasta el mismo hombre símbolo escogido tiene una honda raigambre popular: Súis caudillos son simplemente hombres apóstatas de su clase, pero sacados de las canteras inagotables del genio popular. Ningún general, ningún aristócrata, ningún capitán de negocios encarnan en país alguno el ideario fascista. El Ejército colectivamente aguarda arma al brazo el resultado de la contienda, para unirse de escolta al carro del triunfador.

En España no: es la mugre de los siglos lo que se levanta con pretensiones de repartirse el botín. Es la aristocracia, el militarismo, el poder sedicioso del dinero, los que se sublevan ante la idea del peligro para sus privilegios, sin que el pueblo trabajador colabore, ni aun ofuscado, en la maniobra criminal. El fascismo español, por serlo, debía ser original en su explosión. Lo ha sido: Europa entera contempla la maniobra a través de una inmensa carcajada.

(De El Pueblo Manchego)

Este número ha sido
Visado por la Censura